

100 años de literatura en Chiloé. Necesidad imperiosa de conocernos y reconocernos

100 Years of Literature in Chiloé. An Urgent Need to Get to Know and Recognize One Another

MARIO CONTRERAS VEGA^a

^a Escritor, Chile.
marioenrique70a@gmail.com

En el presente trabajo se elaboran algunas consideraciones sobre la identidad y la literatura de Chiloé a partir de una revisitación del libro *Cien años de literatura en Chiloé. Repertorio bio-bliográfico de autores (1900-2000)*, publicado en 2014, compilado por Mario Contreras Vega. El compilador comenta la obra y circunstancias biográficas de algunos autores incluidos en el libro mencionado, cubriendo un periodo que va entre 1900 y 1960 aproximadamente, anteriores al moderno campo literario chilote que comenzó a consolidarse a partir de 1975 con la creación del Taller Literario Aumen.

Palabras clave: Chiloé, identidad cultural, literatura de Chiloé, poesía, narrativa.

This paper offers some reflections on the identity and literature of Chiloé based on a revisiting of the book *100 Years of Literature in Chiloé: A Bio-Bibliographical Repertory of Authors (1900-2000)*, published in 2014 and compiled by Mario Contreras Vega. The compiler discusses the work and biographical circumstances of some of the authors included in the aforementioned book, covering a period roughly between 1900 and 1960, prior to the modern Chiloé literary scene that began to consolidate after 1975 with the creation of the Aumen Literary Workshop.

Keywords: Chiloé, cultural identity, Literature of Chiloé, poetry, narrative.

*El hombre que no lleva música en su alma
nunca puede ser en verdad un poeta genuino.*

Samuel T. Coleridge

BREVE INTRODUCCIÓN

El 16 de noviembre del 2013, contestó mi solicitud de observaciones y reparos a lo que hasta ese instante constituía el proyecto de libro denominado *100 años de literatura en Chiloé. Repertorio bio-bibliográfico de autores (1900-2000)*,¹ el destacado profesor de historia, poeta y narrador chilote, además de amigo, Gustavo Boldrini Pardo. Copio textualmente lo que expresa, en su respuesta vía correo electrónico recibido en la fecha mencionada:

Verás que te escribo sin ningún ánimo ni pretensión de criticar tu mirada o reclamarle una “vestidura académica” al trabajo, ámbito al que suelen adscribirse las obras de este tipo. Es que, si hay algo interesante como fenómeno cultural, es que en Chiloé, su ámbito literario no es hijo ni actuó (por no tener) desde la academia ni académicos. Entonces, me parece consecuente y elogiable el que escribas este libro, desde la natural y legítima autoridad que te da el ser un poeta y escritor en Chiloé. En esto me parece que con tu libro, se ejerce la tradicional y ¿democrática? participación de los chilotes sobre sus propios hitos culturales...

Mi primera impresión (general), recae sobre la potencialidad didáctica, ilustrativa y temática que promete el libro para estudiantes y lectores en general. El “cúmulo” de poetas y escritores, en estos cien años, ya aconsejaba un ordenamiento y divulgación, que permitiese acceder a su conocimiento, desde el marco general de que la literatura de Chiloé existe y conforma un cuerpo visible.

Desde este punto de vista, (el carácter de obra de referencias), me pareció (sin embargo), que las palabras introductorias son algo “farragosas”. “No van al “grano” didáctico ni son simples como explicación del **en qué consiste el hecho literario**.²

¹ *100 años de literatura en Chiloé. Repertorio bio-bibliográfico de autores (1900-2000)*. Mario Contreras Vega, Ed y Comp. Santiago: Ediciones Oxímoron y Alquimia Ediciones, 2014. Contreras divide su libro en “capítulos” enumerados con números romanos: “Capítulo I. Los fundadores”, “Capítulo II. Inscripción del costumbrismo: los naturalistas o telúricos”, “Capítulo III. Escritores de la transición”, “Capítulo IV. La generación post-golpe”, “Capítulo V. Los contemporáneos”, “Capítulo VI. Los aportes foráneos”. Este último recoge a cinco autores no chilotes que han escrito textos en relación con Chiloé. Recoge en total 66 autores, de los cuales 61 son chilotes o de origen chilote (nacidos fuera de Chiloé, pero de padres chilotes) o avecindados en Chiloé por muchos años. El muestrario recoge poesía, cuentos y fragmentos de novelas. En el presente trabajo, Contreras, aparte de hacer consideraciones generales sobre el libro y la literatura, se detiene solo en algunos autores anteriores a la emergencia del Taller Literario Aumen (1975), con que se inaugura el campo literario propiamente moderno en Chiloé (Nota del Editor).

² Énfasis mío. Sobre este asunto, por supuesto, existe muchísima bibliografía teórica. Para los efectos me remito a un clásico: Jean Paul Sartre. *Qué es la literatura*. Buenos Aires: Losada, 1967.

Creo que, en este último párrafo, Gustavo Boldrini acertó con su natural lucidez. Efectivamente, como todo ensayo que no dé cuenta, primero, de un cierto “marco teórico” que encause la investigación y dé respuesta a las preguntas que obligatoriamente han de nacer desde lo hallado, lo que proponga el autor no será sino una suma de pequeñas colinas desde las que no se avizora suficientemente el paisaje. Es decir, el texto será “farragoso” o terminará siendo una obra, sino “inclasificable”, al menos singular. El fondo de la discusión, sin embargo, no es lo complicada que pueda resultar la interpretación ni la mayor o menor suma de versos o páginas que se entregue a cada uno de los escritores presentes en la “muestra” sino, más bien, la certeza de que todo lo recopilado en ella debería tener la calidad que requiere esta rama del arte, pues no bastan las páginas escritas, las crónicas o reseñas relacionadas con cualquier tema que aparezca ante el paisaje, sino el peso y el modo de aquellos textos que, a nuestro juicio, más allá de si forman o no parte del sustrato común de nuestra idiosincracia, no deberían sonar solo como “chuchería sonora”, al decir de Sartre (Sartre 1967: 9).

Al día de hoy, estoy convencido de que los textos que uno lanza tan livianamente al ojo lector deben madurar largos años para ser entendidos o recogidos por los estudiosos, con suficiente claridad y objetivos plenamente percibidos por sus lectores. El libro del que hablamos, en los más de 11 años desde que fue presentado al público por primera vez, no es una excepción a tal regla de prudencia.

Es medianamente cierto que *100 años de literatura...* tuvo escasa crítica, pues salvo la de los amigos relacionados con la materia del libro y que suelen asistir a las presentaciones públicas tanto en la Isla de Chiloé como en otros lugares, no ha sido “visto” por quienes ejercen de reseñadores o críticos en ese pequeño país llamado Chile. Hago notar, sin embargo, la interesante reseña del propio Gustavo Boldrini, quien actuó como presentador en la Feria Internacional del Libro de Santiago, FILSA (noviembre 2014); luego la reseña que escribió Rosabetty Muñoz para la Feria del Libro de Castro, quien tuvo a bien presentar dicho texto en febrero del 2015; más tarde, un artículo escrito por Marino Muñoz Lagos desde su vitrina magallánica (*El Magallanes* 2015: 9), y, algo más tarde, la de Jeannette González Pulgar, funcionaria del área de literatura y ediciones del Museo de Ancud, que se refirió al libro en el auditorio de dicho establecimiento y, posteriormente, en la Universidad Austral de Chile (González y Villalobos 2025). Y ya algunos años más tarde, Edmundo Moure, distinguido poeta y narrador, ex Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, amigo de los chilotes por su procedencia gallega, habló del libro en un escrito que permanece en algún espacio de Cine y Literatura, la página web que él creó, sostiene y dirige.³

La “crítica oficial”, ampulosa y muchas veces clasista, sabe distinguir lo que sirve a una clase social o a otra. Yo, como autor, debería agradecer el no formar parte del club de los adoradores del becerro de oro, que más suena a fanfarria circense que a Academia, al menos para quien esto escribe. A pesar de nuestra protesta, seguirá siendo escaso el número

³ Disponible en <https://cineyliteratura.cl/100-años-de-literatura-en-chiloe-un-siglo-de-la-palabra-viva-en-el-archipiélago-magico/> (Publicado en la red el 31.01.2020).

de lectores de una obra que ha nacido imperfecta (lo que a mí me gusta pues creo en el arte imperfecto, ¡qué he de hacerle!; la mera copia de la perfección, destinada a los dioses, no nos es posible a los humanos), tal como seguirán siendo imperfectos los pasos de cualquier habitante humano de este planeta. Quiero decir que asumo la irreverencia como señal de frescura ante el oficio, aunque no de ruptura. Sí, de autonomía y uso de mis propios criterios relacionados con el momento y la oportunidad, en lo que coincido plenamente con la reseña que hace del libro, en la página denominada buscalibre.cl en nov. de 2014, algunos días después de su presentación en la FILSA, Gustavo Boldrini Pardo. Y, por supuesto, intentaré explicar la pregunta que nace del libro del que hablamos y seguimos, aún, escribiendo.

RESPECTO DE LA TEMPORALIDAD

Pues bien, pese a la insistencia de ciertos autores, algunos de ellos “destacados estudiosos” de nuestra idiosincracia y de la literatura que ayuda a constituir, que hasta el presente han intentado convencernos de la existencia de ésta en tanto obra de arte nacida con anterioridad a la llegada del hombre blanco a tierras chilotas, debo decir que no existe tal constancia de su existencia en el territorio que constituye el hábitat del pueblo huilliche, chono y cunco. Es decir, no es correcta la información que recoge Alejandro Cañas Pinochet, cuando declara que los versos traducidos al español por Juan Necul, españolizado como Juan Elías Carrera, hayan nacido desde la lengua veliche, que dominaba a la perfección el susodicho Necul, tal como conocía el español, puesto que este último era el idioma que se les impartía en las escuelas de curas a que estaban los indígenas obligados, desde niños, a asistir (Cañas Pinochet 1911). Y este error ha dado pie a la aseveración de algunos representantes de la etnia veliche (o huilliche) respecto de una supuesta superioridad intelectual que les otorgaría la preeminencia sobre los demás pueblos originarios de este país, exigiendo que el estado los reconozca como tales, es decir, como etnia separada de los mapuche.⁴ Todos los versos expuestos en el texto denominado *Estudios de la Lengua Veliche*, que dio a la luz Alejandro Cañas Pinochet en 1911 y en el cual venía trabajando desde 1885, corresponden al loable trabajo de alfabetización realizado por los sacerdotes jesuitas y sus sucesores, los curas de la orden franciscana, a partir de los catecismos, himnarios y otros textos considerados sagrados, presentes en la formación educacional de nuestros ancestros desde fines del siglo XVI hasta los años 50 del siglo XX, en los que se trataban temas relacionados con las normas del buen vivir. Entre éstas cabe destacar los numerosos protocolos de buena crianza relativos al respeto debido a los mayores, los saludos y despedidas, visitas a enfermos y acompañamientos de celebraciones onomásticas, bautizos o casamientos, incluidos los acompañamientos mortuorios a que eran adictos nuestros connacionales tanto por la comida y bebida acompañada de música y danzas que en dichas ceremonias se prodigaba,

⁴ Hasta el momento este proyecto no ha tenido la aprobación parlamentaria para materializarlo como Ley de la República.

como asimismo, por la posibilidad de saber de sus numerosos parientes y socializar con ellos, poniendo en práctica las enseñanzas de sacerdotes y fiscales. Entre tales enseñanzas estaba la de “salmodiar” correctamente los versículos y cantares de adoración o de fiesta, transformados en rítmicos pasacalles que todavía escuchamos, enseñanza que cumplieron rigurosamente los jesuitas, primero, y que continuaron con su particular celo los sacerdotes franciscanos que reemplazaron a éstos cuando los primeros fueron expulsados de América, transformando los versículos bíblicos en “poesía” cantada, tal como se registra en el Libro de los Salmos atribuidos al rey David, destacado músico y poeta, o en el Cantar de los Cantares, compuesto por Salomón (según la tradición bíblica), obras incluidas en el catecismo ya mencionado. Se trata, pues, de un texto atribuido incorrectamente a Juan Elías Necul, ascendido a la categoría de “poeta”, título que generosa y equívocamente le confiere, con inusitado entusiasmo, Cañas Pinochet.

Respecto a la publicación de Renato Cárdenas y Jorge Q. Vásquez (Cárdenas y Vásquez 2008), solo podemos reafirmar lo que ya hemos constatado en otra oportunidad: dicho texto es —nada más y nada menos— que una readecuación de lo que tradujo Elías Necul para Cañas Pinochet, a fin de “poner al día” y cumplir, más allá de la fantasía inherente a todo poeta, la tarea de escribir en español contemporáneo el texto de Cañas Pinochet, que recoge de la memoria de Necul.⁵

Por cierto, quienes conocemos de cerca el contexto ideológico y evangelizador de los sacerdotes —que, a la tarea de conquistar nuevos territorios para el monarca español, agregaron, con especial denuedo, el intento de modificar forzosamente las creencias y las formas de vida que dichas naciones habían adoptado para sí mismas— no podemos guardar silencio frente a un error tan manifiesto que, además, ha tenido un efecto distractor en algunos sectores de la comunidad veliche (o huilliche), como adelanté brevemente en un párrafo anterior, como es el caso de quienes hoy exigen un cambio normativo en la ley que reconoce las etnias originarias presentes en nuestra historia, asignándose a sí mismos el título de “nación fundadora”. Esto a pesar de tener como única lengua conocida durante los más de 1200 años de su existencia, el idioma mapuche, con levisimas variaciones fonéticas, entendibles para todas las regiones que tienen como asiento dicha nación, que incluye, desde el punto de vista del uso del territorio, además de los mapuche, a los veliche, cuncos y parcialmente los tehuelches que habitaban al otro lado de los Andes pero que también formaban parte de aquella familia lingüística.

Tal digresión, sin embargo, no hace efecto en lo que hoy se requiere explicar, salvo poner en el debido contexto el trabajo que realizaron los sacerdotes al enseñarles su idioma y ponerle música y ritmo a los versículos bíblicos que era necesario aprender, tarea que hacía más fácil y agradable el aprendizaje, puesto que nuestros pueblos originarios eran amantes de las reuniones sociales, llamadas “cahuines”, y, por supuesto, del bullicio y la algazara de

⁵ Contreras desarrolla en detalle este argumento en “COLLAGS: ¿Indicios poéticos de un Chiloé desconocido y -o- falsos descubrimientos?”. *Actas III, Seminario Chiloé. Historia del contacto*. Jeannette González Pulgar, Ed. Ancud: Museo Regional de Ancud, 2012 (Nota del Editor).

la música que en tales “convivencias” se hacen obligatoriamente presentes, como ya se dijo. (Hablo del territorio chilense que en ese entonces tenía como límite, por el Norte, los llanos de Osorno y por el Sur la comarca llamada de “la última cristiandad”, a la vera de la isla de Caylin, en el archipiélago de las Guaytecas). El hecho es que los sacerdotes lograron en brevísimo tiempo la transformación idiomática y religiosa de los nativos —dada la buena fe de nuestra gente— convencida definitivamente de la “bondad” de aquellos sacerdotes y de la “nueva verdad” que sus mensajes incorporaban al quehacer de los pueblos que se sometían a su “adoctrinamiento”, entregando su plena confianza a aquellos que, solo por haber llegado de un mundo desconocido, fueron considerados desde un principio como seres superiores y tratados como tales.

Si lo expuesto hasta aquí puede sonar a mera presunción personal carente de importancia cuando queremos tratar de los temas del libro que estamos comentando, la razón que me asiste para afirmar aquello de la inexistencia de la literatura en nuestros pueblos originarios, aun la que pudiera considerarse solo como “oral”, se justifica, además, en los siguientes puntos, que desarrollaré brevemente:

a) Que siendo la literatura una categoría del conocimiento a la que solo se puede acceder a partir de su comparación con otras formas expresivas usadas por los humanos, para que efectivamente sea y se desarrolle como tal, requiere —obligadamente— la intermediación de algún tipo de arte que permita compilarla. Luego de haber logrado ese dominio, es necesario que se posea o se requiera el instrumento o los medios (declamadores y juglares y/o sacerdotes en la antigüedad, escribas y copistas en la edad media e imprentas y/o medios digitales en nuestros días) que permitan su difusión y comparación con otras obras de la misma naturaleza. Dicha “comparación” es requisito obligatorio para su calificación como tal. Si no se cumple dicha premisa, es decir, si no se compara con otros textos o discursos (periodísticos, jurídicos, botánicos, históricos, religiosos, políticos, etc.), ¿cómo podríamos distinguir las diferencias de connotación y/o singularidad de su existencia?

Respecto de la imprenta, como bien sabemos, recién hizo su entrada en nuestro país en los albores del siglo XIX, con motivo de las luchas independentistas, la primera de las cuales fue adquirida en Inglaterra por José Miguel Carrera, que permitió la aparición de *La Aurora de Chile*, primer periódico publicado en nuestro país, dirigido por Fray Camilo Henríquez, en 1812.

b) Por lo mismo, estoy dispuesto a agregar a mi primera declaración, que tampoco hubo registro oral toda vez que quienes habitaban el territorio al que nos hemos referido antes, los pueblos huilliche, chono y cunco eran ágrafos y entre ellos, a pesar de vivir apegados a los mapuche, que también eran ágrafos aunque reconocidos por su capacidad oratoria y por hablar y entender la misma lengua, si bien informaron largamente a sus entrevistadores respecto de las creencias de sus mayores y de algunos mitos relacionados con la conformación del mundo, no existían declamadores o creadores de discursos que hayan quedado guardados por ellos mismos para la posteridad. Esto hace que, al menos, durante los cien primeros años de conquistas e irrupción violenta y apropiación forzada de las tierras que entre nos carecían de propietarios, dado que se reconocían como bien común de todos quienes habitaban este

suelo, no se hayan producido textos propios de los indígenas y, lo que hasta el día de hoy se encuentra registrado acerca de esos primeros años, no es sino lo que pudieron recoger los escasos letrados que solían viajar junto a los soldados que, mayoritariamente, también eran iletrados y, como tales, crédulos y aún más supersticiosos que los propios aborígenes. Lo que nos obliga a afirmar que la “literatura originaria” que nos ha llegado es, en gran parte, un conocimiento basado en aquello que los pocos europeos que conocían la escritura quisieron o tuvieron a bien incorporar en las cartas al rey, en las bitácoras o diarios de viajes o en los informes de los encargados de las diversas casas comerciales o los prebendados religiosos que dependían de las órdenes sacerdotales allegadas en nuestro territorio, afectados o infectados tales documentos por las tradiciones y prejuicios propias del conquistador y trasladando al español de la época aquellos prejuicios desde un idioma que mayoritariamente desconocían y que con muchas dificultades, apenas balbuceaban.⁶ Insistimos, por tanto, en lo que hemos afirmado desde un comienzo: ya que la literatura requiere, por fuerza, de la escritura para poder realizarse y no puede ni debe aceptarse como producto literario el solo discurso enunciativo, menos aún para el análisis o el estudio crítico del mismo.

Ello no quiere decir que no haya existido transmisión oral de creaciones que pudieran reconocerse como literarias, esto es, dotadas de elementos subjetivos, estéticos, rítmicos, miméticos o lúdicos. Pensemos en Homero solamente, y ya podríamos probar que en otros lugares de la tierra sí existió literatura oral, pues todo pueblo posee, por el solo hecho de reconocerse como tal, determinados sujetos receptores y, al mismo tiempo, difusores del conocimiento, entre los que se incluyen aquellos que, supuestamente, conocen las fórmulas “mágicas” para hablar con los “dioses” u otros seres de aparente orden espiritual. En el caso chileno, sin embargo, cuando al fin aparecieron los primeros recopiladores o creadores nativos, ya se había configurado la invasión masiva de su cultura, intervención dirigida y realizada de forma ordenada, rigurosa y sistemática, tanto por la iglesia como por el poder militar y civil que se instauró en el territorio.

Finalmente, si hoy sabemos que existió y seguirá existiendo una literatura oral propia de nuestros ancestros, es porque, en algún incierto momento de nuestra historia, se aunaron esfuerzos de investigadores y estudiosos para recogerla sin intención de modificarla. Es decir, para trasladarla, desde el plano de la oralidad al peldaño de la escritura y a la masificación de su difusión. No todo lo que brilla es oro, sin embargo. Ello se hace visible, también, en esta área, pues no todo lo que se imprime o se traspasa al papel, al CD, a los archivos digitales o a la “nube” u otros medios que nazcan en el futuro, será necesariamente “literatura”. Hoy, once años después de llevar a las prensas este libro, me resulta evidente que no todos los escritores que aparecen en él poseen la calidad literaria suficiente para formar parte de una antología, título que —hago constar— jamás declararé como propio de la empresa que asumí, lo que resulta a partir de las numerosas lecturas, dudas y consultas

⁶ Ejemplo claro de la superstición de los europeos se desprende de la incesante búsqueda de la Ciudad de Los Césares, El Dorado, etc., los cuentos de hechicerías y encantamientos, además de la destrucción de los monumentos arquitectónicos y la quema de los códices mayas, sin contar con los numerosos viajes al interior de las selvas en búsqueda de las Amazonas y los buques fantasmales que aún recorren el imaginario insular chilote.

que hice oportuna o inoportunamente, que realicé en forma tardía, sin duda, luego de reunir los nombres y los escasos textos de los escritores de principios de siglo cuyas obras no se encuentran en las bibliotecas de provincia. Acúsome de ello, pues como el osado capitán que asalta los muros de la ciudad enemiga, fue menester en su tiempo haber tomado todas las medidas que conduzcan al triunfo, mas no a la derrota.

PUES, ¿CÓMO RECONOCEREMOS, ENTONCES, LA LITERATURA?

Para esta ciencia de la palabra no existen reglas exactas. Ni siquiera el clásico Kayser (Kayser 1961), maestro de muchos que se declaran con autoridad suficiente para definir lo literario, llega a conclusiones taxativas, salvo el indeterminado criterio que señala que “las bellas letras producen su propia objetividad”, lo que obliga a que, quienes intenten tal tarea deban poseer un mínimo de conocimientos y destrezas para descubrir dicha “objetividad”, esto es, como nos señala Promis, refiriéndose al tiempo histórico en que se escribe y a la subjetividad de lo escrito, las “concordancias” entre estilo, contenido y carácter a fin de distinguir la interacción de las tensiones que fundan la literatura (Promis 1975).

Porque es ciencia, toda vez que en su ejecución obedece a reglas predeterminadas que, en algunos casos, deben cumplirse copulativamente, pero también es “arte”, sujeta como tal a las reglas mayoritariamente subjetivas de tales disciplinas y, por lo mismo, casi personales. A quien esto escribe, sin embargo, asumiendo plenamente lo propuesto por Kayser, Promis o Taine (Taine 1951) (y considerando que no es factible desarrollar el punto aquí), le complace mucho más la contemporaneidad de Jean Paul Sartre, el filósofo, novelista y dramaturgo francés del siglo pasado, en el intento de definir al escritor y su producto, lo que, a mi juicio, aclara grandemente el punto. Nos dice Sartre: “No se es escritor por haber decidido decir ciertas cosas sino por haber decidido decirlas de cierta manera”, esto es, “que no se es escritor por el solo placer de oír el sonido de las palabras. Todo escrito posee un sentido, aunque este sentido diste mucho de lo que el autor soñó dar a su trabajo”. Y continúa: “Si, en ciertas épocas dedica su arte a fabricar chucherías de inanidad sonora, eso mismo es un signo; indica que hay una crisis en las letras y, sin duda, en la sociedad” (Sartre 1967: 9). Suscribo, además, lo que nos señala respecto de las tareas del escritor en la sociedad: “La función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente” (Sartre 9), pues, como nos refiere, entre otros, Samuel T. Coleridge, uno de los más destacados ensayistas ingleses convocados para participar con sus textos en la llamada Biblioteca Universal, “ningún hombre fue jamás un gran poeta sin ser al mismo tiempo un gran filósofo. Porque la poesía es la flor y la fragancia de todo saber humano, de todas las emociones, las pasiones y la lengua humanas”.⁷ A ello

⁷ La cita es una traducción de lo que Coleridge afirma en un pasaje del apartado 4 del Capítulo XV de su *Biografía literaria / Biographia Literaria* (1817). En el original: “No man was ever yet a great poet, without being at the same time a profound philosopher. For poetry is the blossom and the fragrancy of all human knowledge, human thoughts, human passions, emotions, language”. Tomado de The Project Gutenberg eBook

me atengo. Y ello incluye a la narrativa, el cuento, la novela o la dramaturgia, además de cualquier otro texto que use dignamente nuestro idioma. Lo que obliga, a mi ver, a que quienes se dedican con algún grado mínimo de rigurosidad a la creación literaria, entiendan (ellos, en tanto creadores) que sólo se es escritor cuando se tiene algo que decir que otros no han dicho, no al menos como uno mismo crea que debió decirse, en relación, por supuesto, con el tiempo y el medio en que se actúa. En otras palabras, se es escritor cuando el “producto literario” tiende a ser, dicho esta vez con palabras de Cortázar, “una forma de la vida misma” (Cortázar 1994), algo así como el resumen de la pasión, el conocimiento, las vivencias y experiencias personales del autor, en contraposición a aquellos académicos o críticos que estiman que toda obra literaria debe ser un mero objeto estético, que dependa y se explique exclusivamente a partir del lenguaje que lo constituye.

Es posible, por supuesto, que quienes se dediquen a la actividad literaria, a la creación y a la crítica (o a la teoría) no estén plenamente de acuerdo con lo que envuelven tales afirmaciones. Aquello en lo que quienes escriben están “obligados” a coincidir, sin embargo, es en la exigencia de un trabajo riguroso y artesanal con el instrumento esencial de tal actividad: la palabra. Riguroso, en cuanto conoce en profundidad el contenido de lo que expresa o desea expresar. Artesanal, en cuanto usa el idioma con delicadeza, cariño y minuciosidad, exigiéndole a éste no sólo que dé cuenta exacta de aquello que intenta decir, sino que, además, lo haga pulcra y armoniosamente.

ENTRADA EN MATERIA

Soy consciente de que no todos autores incorporados en *100 años de literatura...* cumplen con los requisitos de adscripción a una “escuela” determinada, ni poseen una calidad más o menos uniforme; muchas de sus publicaciones carecen de la prolijidad estética que al presente se exigiría. Ello, sin embargo, no estuvo en nuestras consideraciones, toda vez que lo esencial de este proyecto fue armar un “mustrario de literatura” que incorpore democráticamente a todos los que nuestra disminuida investigación nos pudiere proporcionar. Creo hoy, y lo hice presente en su oportunidad, que este texto merece una segunda oportunidad, es decir, una revisión exhaustiva aunque también amigable. Reitero: *100 años de literatura en Chiloé* no es y nunca quiso ser una antología. Ello me habría obligado a dejar numerosos textos y nombres fuera de tal listado. Es, como señal inequívoca de ello (lo dice el subtítulo), un “repertorio bio-bibliográfico de autores”, basado en los resúmenes y textos que desde la provincia pude conseguir pero que, con toda seguridad, no ha incorporado a todos aquellos que se han entregado a tal labor en los más de 100 años que cubre, objetivamente, tal compilación (aunque mi pretensión es abarcar solo 100 años efectivos, de 1900 a 2000).

of *Biographia Literaria*, by Samuel Taylor Coleridge. https://www.gutenberg.org/files/6081/6081-h/6081-h.htm#link2H_4_0002 (Nota del Editor).

Pues bien: se me ha pedido que dé razones suficientes que me permitan justificar el texto que tuve el gusto de armar o construir a modo de casa común para los escritores del vasto territorio chilote en los cien años del siglo XX a partir de la aparición del primer texto poético escrito y publicado por un autor nacido en esta provincia (Antonio Bórquez Solar, Ancud 1872 – Santiago 1938), publicación que ocurrió por primera vez en Ancud, capital del archipiélago en ese entonces (1899).

He aquí lo que sabemos: que a finales del siglo XX, lo que sucedía en Chiloé en el ámbito de la literatura no es lo que sucedía en el resto del país. En la época en la que por fin aparecen los primeros escritores de “oficio” entre nosotros, el país se hallaba en franco proceso de ebullición. Existía, por un lado, una recia poesía popular adoptada desde la lírica caballeresca (romances de gesta, octavillas, décimas, glosas, contrapuntos) traída a Chile para dar respuesta a las necesidades ideológicas y de construcción del ser nacional, mientras se acumulaban nuevos territorios que permitían ampliar y fijar los elementos identitarios, históricos, costumbristas y de entretención propias de la sobriedad social y cuartelera en que se había formado parte del alma nacional durante 250 años de ocupación (colonía), para dar paso, ahora como República, a guerras de conquista de extensos y ricos territorios que pertenecieron a Perú y Bolivia. Hablamos de identidad y modos que fueron asumidos como propios, casi en forma homogénea, por las clases populares que defendían con rigor al patrón que les proveía de trabajo, comida, cama y misas a la hora de su partida.

Como contraparte, con más de 50 años de retraso, había comenzado a aparecer una fuerte corriente modernista inspirada en el efecto transformador de la revolución francesa de 1789, (años 1842 en adelante), que intentaba dotar al idioma de nuevas voces sacadas de los numerosos salones y bibliotecas que habían visitado los hijos de los hacendados en su continuo pasar por Europa; me refiero a lenguaje y textos (representaciones operísticas, teatro, artículos en los periódicos, declamación poética o lírica que se representaba en los salones que lentamente comenzaban a aparecer en lugares tan disímiles como Iquique, Copiapó, La Serena, Valparaíso, Santiago, Talca y Concepción) en el que predominaba la subjetividad y el lirismo casi naíf, haciendo gala de una sensibilidad entre decadente y culposa luego de descubrir en sus viajes, discusiones y lecturas, la “real condición social y humana de sus congéneres”; estado social que sus progenitores habían ayudado a construir junto con la prédica de los curas que, a su vez, ayudaba meticulosamente a ocultar la condición menesterosa y cerril a la que había llegado en sus magras condiciones de vida el bajo pueblo. El hecho es que estos autores se transformaron al fin en los primeros “disidentes sociales” de la clase aristocrático-patronal al descubrir las difíciles condiciones en que sobrevivían los habitantes de aquellas pueblos de su propio país, en el que se construían palacios para los poderosos y chinganas de paja para los labriegos (diríamos que, en lo esencial, esto se siguió haciendo hasta la sexta década del siglo pasado); hecho que actuó como acicate sobre sus sentimientos angustiados por el fracaso de las expectativas de modernidad en que se habían subsumido, lo que los llevó por el camino de la enemistad, al menos aparente, con todo aquello que, desde la norma escrita o impuesta, a su modo de ver, impedía la liberación de los hombres.

Hablo de literatura, solamente. No hablo de “revolución”. Vistos así los hechos, resulta ser Antonio Bórquez Solar, quien da partida a esta obra, por ser el primer poeta chilote que de un modo público se incorpora a esta nueva corriente literaria. Bórquez Solar resulta ser, sin embargo, un personaje lleno de ambigüedades y contradicciones. Lo primero que debemos decir es que, cuando logra integrarse al movimiento modernista a partir de su amistad con Pedro Antonio González, que a su vez fue diligente discípulo de Rubén Darío, el gran formador del paisaje literario chileno durante varios años, inicia su labor de creación auto-definiéndose como “creador o perpetuador de la belleza del mundo...apuntando hacia un sentido bien determinado de ésta: la agonía romántica”, “rasgo general de los poetas modernistas chilenos”, calificados como “menores”, según nos asevera pasado algunos años, el destacado crítico y académico chileno, estudioso del Modernismo, Mario Rodríguez Fernández (Rodríguez 1967). Este crítico percibe con claridad manifiesta que “los escritores románticos, a pesar de sus preocupaciones sociales, fueron incapaces de ver realmente la figura del campesino o del obrero. La presencia de sus representantes en la imagen literaria era un elemento pintoresco o decorativo que, a lo sumo, motivaba un discurso poético sobre la desigualdad social, pero sus problemas nunca fueron objeto de una interpretación literaria específica” (Promis 1975: 47).

Por supuesto, aunque su primer texto, publicado en contra de la voluntad de sus cercanos, tuvo escasa repercusión tanto en su propia provincia como en la capital chilena donde ya estaba asentado, Bórquez Solar se mantuvo en sus “trece”. A sus textos laudatorios de remilgado patriotismo sumó notables cantos a España y narraciones basadas en la épica colonial. Como lector actual, corroboro lo que dije en su momento: para diversos críticos de la medianía del siglo XX, estos poetas considerados menores, sin embargo, forman parte, en todo caso, del esqueleto que sustenta toda la creación literaria surgida en las provincias chilenas y llega a nuestros días no como “rareza o material de museo”, sino como el abono que ha permitido el florecimiento de la actual literatura que hoy nos enorgullece toda vez que nos ha permitido construir el gran edificio poético en que hasta ahora nos sustentamos.

Por cierto, en el capítulo de los fundadores, de Antonio Bórquez Solar reproducimos de su libro *Oro del archipiélago* el poema “El cuchillo” (21), de *Selva lírica* “El dolor de los oprimidos” (22) y, de *Fuente de Juvencia*, el cuento “La campana sumergida” (23-24), texto que fue lectura obligatoria en los colegios de la provincia hasta la década del 70 del siglo pasado. De este autor intento mostrar la faceta romántica, la faceta heroica y la faceta trágica de su quehacer; mientras que de Roberto Meza Fuentes, que además de poeta fue diplomático, político, ensayista de fuste y narrador⁸ (y por añadidura destacado luchador social, político y diplomático, relegado bajo la dictadura del Coronel Carlos Ibáñez a la isla de Más Afuera a raíz del Movimiento Revolucionario de los estudiantes

⁸ Publicó, entre otros ensayos, el texto denominado *La poesía de José Santos Chocano*, Prensas de la U. de Chile, 1933, y *De Díaz Mirón a Rubén Darío*, una de las más destacadas defensas del Modernismo hechas en Chile. Santiago: Nascimento, 1940.

del año 1924),⁹ reproducimos tres breves textos poéticos, “Río”, “Álamo” y “Doña Javiera”, poemas que confirman la variedad de sentimientos y modos de mostrar la vena bucólica, patriótica y romántica de los principales gestores del modernismo en Chile. Luego, con un salto en el tiempo, incluyo en esta lectura a Teresa Bórquez Oberreuter, posiblemente nuestra primera poeta y destacada activista cultural, hija de chilotes, nacida en Puerto Montt el 25 de enero de 1900, que en 1931 publicó su primer texto feminista denominado *Liberación* (lo que la enfrentó duramente con la pacata sociedad de su tiempo y la obligó a abandonar el territorio). Un año más tarde, instalada en Quilpué, localidad desde la que continuó con su cruzada libertaria ligada a las actividades de índole política, feminista y cultural, posición desde la que sus versos fueron debidamente recogidos y reconocidos por la prensa de la época.¹⁰

No es el mismo caso de otros autores también considerados “fundadores”. Hablo de Pedro J. Barrientos Díaz, Humberto Bórquez Solar, Francisco Javier Cavada Contreras, Darío Cavada Contreras, Manuel Andrade Leiva, Fray Conrado Oyarzún O.F.M y otros, que, aunque escribieron versos o relatos, no todos son propiamente autores literarios en estricto rigor. Algunos por lo poco que trascendieron sus escritos en la literatura, dada la desconsiderada “pesadez” y la oscuridad de las disquisiciones pseudofilosóficas de sus textos en algunos casos (P. J. Barrientos, p. e.), y por la escasa producción en otros, o por la especialización folclórica o pedagógica, en los demás. No obstante, Humberto Bórquez Solar y Francisco Javier Cavada cultivaron la poesía en un tono modernista tardío.

Pedro J. Barrientos sí es un autor bastante conocido, de importancia no menor, pero por su *Historia de Chiloé* (la primera edición es de 1932), contada con entusiasmo regionalista, aunque sin dar cuenta de las complejidades del archipiélago (nada dice de los 2800 chilotes que dieron vida a los batallones que lucharon en favor del rey y en contra de los movimientos independentistas de 1810-20). A él no lo incorporo —como poeta— en este listado porque muchas de sus obras, siendo de tono menor, carecen de pie de imprenta y hay otros que resultan ser burdas traducciones del teatro francés y solo se publicaron y representaron para actuar como agente de freno de los cambios que en esos años comenzaban a producirse en el mundo y no veían la luz pública salvo en las dos o tres representaciones que solían hacerse en los cines o biógrafos de Ancud o Castro por improvisados actores estudiantiles. Tales textos, que producía la conservadora imprenta en la que el propio Pedro J. Barrientos Díaz ejercía de Director del periódico *La Cruz del Sur*, no incorporan datos técnicos en sus páginas.¹¹

⁹ Digamos de paso que este hecho permitió la redacción de la Carta Constitucional chilena de 1925, vigente hasta mediados de los años 70 del siglo XX.

¹⁰ La poesía y el legado de Teresa Bórquez Oberreuter fue recogida por el crítico literario Nathanael Yáñez Silva, *Diario La Estrella* de Valparaíso, mayo de 1936 y, además, por nuestro primer Premio Nacional de Literatura, Augusto D’Halmar, jurado del Concurso al Cuarto Centenario de la ciudad-puerto. Al respecto, expresó de *Canto a Valparaíso, juguete y oriflama del Pacífico* (1937): “Sería lo único digno de perdurar de aquellas memorables celebraciones”.

¹¹ Contreras sí incluye de Pedro J. Barrientos un extracto de la novela *Lo inesperado*, de 1942 (Nota del editor).

Respecto a los hermanos Francisco Javier Cavada Contreras y Darío Cavada Contreras, habría que decir que el primero fue historiador y en alguna medida filólogo. *Conocido es su libro Chiloé y los chilotes*, de 1914. El segundo tiene más producción literaria, autor, entre otros, del libro de poesía *Florescencia* (Valdivia: Imprenta Central, 1912). Darío Cavada, con una prosa más íntima y relajada, no dudó en rellenar sus recuerdos con la imaginación desbordante de sus conversaciones con los sobrevivientes de la Guerra de Reconquista en que se involucró a los chilotes, pero no sobrepasa el nivel de la literatura costumbrista. Ambos hermanos ejercieron la docencia y escribieron muchos textos con fines educativos.

Respecto del grupo de escritores considerados “costumbristas o vernaculares” (recogidos en el Capítulo II), sobresalen los narradores Nicasio Tangol, Narciso García Barría, Galvarino Ampuero, (estudioso del folclore) y Antonio Cárdenas Tabies, (en su hora postrera). Hallamos en sus obras en forma visible el deseo de alejarse del modernismo que los antecede y dar, en cambio, voz al pueblo del que provienen. Su lenguaje está lleno de giros reconocibles en el espacio mítico del Chiloé de aquella época, un Chiloé eminentemente campesino, lo que de algún modo no buscado les cierra las puertas a la lectura de sus textos a aquellos lectores que no conocen el habla local. No sucede lo mismo con Tobías Vera Ulloa, incorporado como poeta en *100 años de literatura...*, dado los numerosos textos que publicó. Radicado desde sus tempranos años en la zona norte del país, zona de la que no regresó. En sus textos hallamos una cierta nostalgia carente, en todo caso, de hondura y espesor, pero que revela la sensibilidad de entonces.

Nicasio Tangol, a pesar de la bibliografía que exhibe y de la calidad de su narrativa, (cinco novelas y un libro de cuentos, publicado este último en Prensa Latinoamericana), se destaca, esencialmente por la novela *Huipampa, tierra de sonámbulos* (1944), novela de la que se habló con bastante elocuencia en sus días, como, entre otros, lo hizo Luis Durand: “Tangol, nos dice, ha escrito el más fuerte y original documento literario, en que se pinta como hasta ahora nunca se había hecho, la existencia y el aspecto autóctono de Chiloé. Es uno de esos libros que dejan una sensación de vida que no se olvida” (*Atenea* 1945: 43).

Narciso García Barría, por su parte, el escritor e investigador del folclor que acompaña a Tangol, destacó como investigador del folclore de Chiloé, como creador y administrador del Museo Pozuelo de Caicumeo de Puerto Montt y por la publicación de tres obras literarias, además del texto denominado *Tesoro mitológico del archipiélago de Chiloé, bosquejo interpretativo* (Imprenta Simiente, 1957), reeditado en 1968, texto que fue muy querido por el público de su tiempo.

Galvarino Ampuero publicó en la Revista *Anales*, N° 85-86 (Universidad de Chile Santiago: Ed. Universitaria, 1952, pp. 5-9) un estudio denominado *Repertorio folclórico de Chiloé. Archivos del folclore chileno*, que nos ha interesado grandemente por la potencia de la narración que, con el título de “El Machi de Nercón”, transcribe como parte del estudio. Resulta ser una breve aproximación a la sicología del chilote, que usa y abusa de la picaresca campesina y que el autor transcribe felizmente, al modo de alguien que conoce los tiempos y el modo narrativo para entretener al lector. Creemos que es de justicia mencionarlo.

Antonio Cárdenas Tabies, oriundo de Huilad, comuna de Quellón, además de laborar como periodista y profesor en diversas islas del archipiélago de donde recogió abundante material para los numerosos textos que publicó, debemos decir que muchos de ellos carecen del nivel requerido como para ser considerados una obra de carácter propiamente literario. Sin embargo, con los años, al hacer amistad con otros numerosos y reconocidos escritores que residían en el centro del país devino “buen escritor”, suficiente para permitirle universalizar su trabajo y obtener el reconocimiento de la crítica y de sus pares. Destacan, esencialmente, los textos *Cuentos folclóricos de Chiloé* (1976), *El embajador del cosmos* (1976) y *Abordaje al Caleuche* (1980), todos publicados por Ed. Nascimento de Santiago. Esos tres libros lo incorporan de lleno al honroso título de escritor.

En cuanto a los escritores del periodo transicional (Capítulo III en *100 años de literatura...*), lo conforman aquellos escritores que desde el punto de vista estético y formal dejaron de lado la impronta costumbrista y marcadamente pastoril o patriótica de quienes mantenían, hasta entonces, (años de 1930-40) la supremacía literaria en nuestra región, incorporando a las corrientes latinoamericanistas en boga el elemento popular vigente en esos momentos y aportando una mirada más profunda dirigida al corazón de los seres humanos que poblaban nuestro territorio, dejando de lado el idealizado discurso poético venido del siglo anterior.

Entre ellos, el autor más destacado es, sin duda, Francisco Coloane Cárdenas, tanto por su nutrida obra y la vasta bibliografía sobre la misma como por los numerosos premios obtenidos, entre ellos el Premio Nacional de Literatura (1964). Su capacidad de observación y asimilación de las situaciones que viven los hombres obligados a sobrevivir lidiando con la naturaleza cruel y despiadada —hecho que los transforma trágicamente a ellos mismos— ha sido ampliamente reconocida y valorada. Esta aguda capacidad de observación para adentrarse en el alma de los seres humanos más humildes y olvidados con los que convivió, descubriendo en ellos la altísima cuota de humanidad, amor y crueldad que forma parte de dicho paisaje, lo convierte en uno de los escritores chilenos más universales. Hasta el año 2005, Coloane había publicado 20 textos entre novelas, cuentos, crónicas y ensayos. Creo que no es necesario dar cuenta pormenorizada de ellos. A todas luces, merece cada uno de los honores que se le han rendido en el mundo (Francia, China y la URSS, especialmente) y durante mucho tiempo ha de seguir siendo para los chiles el autor más destacado y presente en nuestros textos de estudio. En 1995 la ciudad de Castro le otorgó el Premio de Extensión Cultural Municipal, reconocimiento a tan importante voz que ha fortalecido nuestra identidad y cultura.

Un segundo autor, proveniente esta vez de Calbuco, que se desembarcó tempranamente del plácido mundo en que flotaban nuestros autores costumbristas, es Edesio Alvarado Barceló. Calbuco es parte de la historia de nuestro archipiélago pues desde su fundación en torno al Fuerte San Miguel en 1603 forma parte del habitar isleño. Edesio Alvarado ya a los 22 años obtiene su primer estímulo, tras la publicación de *El corazón y el vuelo* (Santiago: Universitaria 1948). En su intensa actividad como escritor, editorialista, periodista (fue Director del diario *El Siglo*) y activista cultural, Alvarado cubrió todos los frentes: poesía, cuentos, novelas, biografías, obras dramáticas, crónicas y reportajes

periodísticos, además de ser parte activa en la creación de la Sociedad de Escritores de Chile (1931), desde la que se batalló duramente contra el fascismo que intentaba levantar sus alas en nuestra patria por ese entonces.

Es posible que muchos estudiosos del quehacer literario en Chiloé supongan que después de Coloane y de Edesio Alvarado se habría producido un silencio cosmogónico en nuestra tierra. No sucedió así, felizmente. Después de aquellos monstruos de la literatura de provincias, la historia seguía transcurriendo y abriendo paso a nuevas sensibilidades. Coloane y Alvarado siguieron publicando hasta pasados los años 90 del siglo XX y los lazos de la continuidad literaria no se cortaron. Más bien, provistos de nuevas lecturas, de una mirada crítica a la sociedad que duramente giraba sobre sí misma como quien da vueltas alrededor del torno, los nuevos escritores que reemplazarían temporalmente a los ya nombrados prontamente echaron a correr las campanas de su creatividad. Así apareció la primera impulsora de una nueva literatura que nos nacía del quehacer literario de los años 50 en nuestro país, amarrada a la férrea cuna de los grandes de la literatura chilena del siglo XX (Pablo de Rokha, Martín Cerda, Ernesto Slava, Francisco Coloane, Manuel Rojas, Nicomedes Guzmán, Rubén Azócar e incluso Pablo Neruda), quienes fueron sus amigos. Hablo de Yolanda Lagos Garay (n. 1929 en Chonchi), lamentablemente muy desconocida en la actualidad.

Dicha poeta resulta ser una voz clave en nuestra creación poética, toda vez que inicia su participación premunida de una nueva y sugerente mirada del mundo. Sus primeros textos fueron publicados en el periódico curial de la época, *La Cruz Sur*, y fueron seguidos tempranamente por Juan Godoy, uno de los más notables escritores chilenos de aquel periodo, creador de una corriente literaria denominada “angurrientismo”. Ya en 1959, Yolanda Lagos publicó su primer libro de poemas, *Poemas del archipiélago*, con prólogo de Pablo de Rokha, quien habla de la poeta como “la voz del relevo, cuya poderosa voz poética emerge como una campana colosal”. Años después, con motivo de la publicación de su tercer libro, *Red invisible* (1984), de Rokha vuelve a prologar el nuevo texto ratificando los elogios y descubrimientos: “Aquí está, nos dice, el Chiloé maravilloso y abandonado a su gran destino insular y Ancud canta la tonada oceánica de su gran ciudad enmohecida por el antiguo esplendor caído [...] La autora comprende que al escribir ingresa a ciertas maneras trascendentales de la heroicidad humana en las que se debate épicamente el futuro de las criaturas...”¹² Dicho texto anuncia el formidable parto que da inicio a la literatura moderna en Chiloé. Yolanda Lagos Garay es su precursora y quien lleva el estandarte.

Quisiera cerrar esta incompleta aproximación a 100 años de literatura en y de Chiloé, transcribiendo un pasaje del “repertorio bio-bibliográfico de autores” en el que elaboro una breve descripción de la poesía de Yolanda Lagos Garay, quien, como he dicho, es la que sienta las bases de una sensibilidad propiamente moderna en y sobre Chiloé, al menos en el género de la poesía. Se podría decir, que sin pretenderlo ella misma, su escritura, invisible y subterráneamente,

¹² El manuscrito de este libro, con toda seguridad, se compuso en la década de 1960, antes del fallecimiento de de Rokha, en cualquier caso. Y fue conocido por los amigos de Yolanda, entre ellos Pablo de Rokha, quien escribe el prólogo.

anuncia la eclosión de la poesía moderna que emergerá en Chiloé a partir de 1975-76 con la creación de los talleres Aumen (Castro) y Chaicura (Ancud). El desconocimiento de que es, en general, objeto su obra, justifica la inclusión final de algunos textos suyos.¹³

Yolanda Lagos [...] se adentra con fuerza en el verdadero río por el que circula, vertiginosa, lúcida y musical la palabra poética, aportando desde la hondura de su mirada, no provinciana y limitada sino universal, a la gran gesta lírica que desde Chiloé se ofrece al mundo. Yolanda nos habla de los temas humanos, por supuesto, del dolor por la pérdida de lo amado, por el extravío de los suyos, por la destrucción de la tierra y el bosque, pero es un dolor que expía y renueva, un dolor que libera el espíritu, cantando no al modo de romance lastimero y gelatinoso o rémora neutra de un opacado paisaje, sino como preludio de una vida que se ofrece amplia, posible, vital y sinuosa, como debe ser el canto que se eleva hacia el cielo, ya que, como ella misma nos señala, “un corazón se seca si no anhela”.¹⁴

Huésped sombrío

Nuevamente volvía de la mansión de los alucinados,
donde se arruga el tiempo detrás de las ventanas.
Las palabras salpicaban los rostros;
palidecían los muros.

Allí estaban las palomas como flores dispersas,
entre las voces solitarias de los huéspedes sombríos;
voces espantadas por tantos espejismos
y Dios parecía olvidado de ese patio de fatales designios,
de sus retinas habitadas por fantasmas.

De improviso alguien quiebra su imagen;
vaga en brumosas latitudes

¹³ Al buscar por internet (marzo 2026), su nombre no aparece registrado ni en la Biblioteca Nacional de Chile ni en Memoria Chilena. Y casi no existen poemas suyos disponibles en red.

¹⁴ Cita tomada de la breve biografía de Lagos Garay consignada en *100 años de literatura...*, p. 84. Los tres primeros poemas transcritos, recogidos en *100 años de literatura...* (pp. 85-86), pertenecen al libro *Sones de plata*, de 1999, que es una recopilación de su poesía (Santiago: La Garza Morena). Se agrega un cuarto poema (“Impromptu”) extraído de la red, blog *Antología absoluta de la poesía chilena*, a cargo de Rodrigo Verdugo. <https://antologiaabsoluta.blogspot.com/2013/01/yolanda-lagos-garay-impromptu.html>. El último poema (“Permanezco”), también es extraído de la red, del blog *Poesía de todos los tiempos*, administrado por Carlos Órdenes Pincheira (15 de agosto de 2012). <https://poesiadetodoslostiempos.blogspot.com/2012/08/yolanda-lagos-garay.html>

sin un rescate posible para buscar guijarros.
Sólo las palomas traían las dulzuras de los ángeles muertos:
te recordaba pintando caracoles,
recreando peces con tu sonrisa;
tú permanecías arrinconada al tiempo.
Junto a la luz desgarrada
me alejaba de ti sin precisión del mundo.

Ámbito del tiempo

No hay tiempo tardío en la catadura de la muerte:
el tiempo es un puente tendido hacia lo eterno;
siempre gravitando sobre los pliegues de la montaña,
sobre el mar y sus huiros
que se abaten y se agotan encima de las rocas;
Siempre recostado en el gran océano del cielo
donde una voz naufraga junto a una estrella que tiembla
junto a un escurrimiento de peces multiformes.

El olvido es la ceniza de las edades.

Mar Brava

De todas las puertas era la Gran Puerta
rumorosa de Mar Brava.
Arcana singular y bella
era una puerta dotada de mil puertas.
Me impresionó una tarde hace ya varios lustros.
La grandeza del mar allí era evidente.
El viento sobre los arrecifes desataba sus poderes.
Guardé su estampa de viento indestructible.
Galopé, galopé
impulsada por un ángel rebelde
a galope tendido frente al fiero Pacífico.
Viento y mar libraban su batalla.
En reiterados sueños veo siempre esa puerta.
Esa gran puerta milenariamente abierta
hecha de pétreas levaduras,
de arcillas y salares

de cuarzos y corales
como si fuese la morada de Neptuno,
acaso un lugar para ocultar la ira de los dioses.

Y ahí permanece esa gran puerta
lejana de Mar Brava.
Centinela del indómito paraje.
Dominada por la soledad más indolente.

Impromptu

Soy una antigua joven
amiga consecuenta de la vida
y se escapa veloz cual gacela.
Y tu amor tan antiguo como el mío
se volvió lirio azul
tierno quebranto
que sólo pudo interrumpir la muerte.
Si me encontraras de nuevo qué dirías
amoroso pífano.
Qué dirías de nuevo. Tus manos me enlazarán
sola en la inmensidad de la penumbra.
Si regresaras a esta morada
y me vieras alejada de la urbe
desatada en el tiempo
de pie frente a una momia
en el umbral del vacío.
Y una melodía de amor convertida
en tristeza,
estoy segura que me llevarías.

Permanezco

Permanezco en el lugar de todas las ausencias,
en espera de ese alguien que se asoma y se aleja,
en medio del placer y la agonía.

Aunque nadie me entregue su señera esperanza,
permanezco.

Entre los copiosos días
y los desesperados arrepentimientos,
en las turbulentas 'precipitaciones
y los grandes olvidos,
aunque la muerte calcine lo querido,
permanezco.

Con violines trizando caracoles,
sobre brumas, orillas y naufragios,
sumida en el delirio de encontrar lo imposible,
permanezco.

Y me admiro de que un espejo me recoja entera.

Quiao, Natri, octubre 2025 - marzo 2026

OBRAS CITADAS

- Cañas Pinochet, Alejandro. 1911. Estudios de la lengua Veliche. Publicación del 4° Congreso Científico, II sección, tomo 1 de Cs. Naturales, Antropología y Etnología. U. de Chile, 287 pp.
- Cárdenas Álvarez, Renato y Jorge Q. Vásquez. 2008. *Collag, poesía mapuche de Chiloé*. Chiloé, Agrupación de Amigos Chachaén, Biblioteca Pública de Achao.
- Cortázar, Julio. 1994. *Obra crítica*, tomo III. Ed. Saúl Sosnowski. Madrid: Alfaguara.
- González Pulgar, Jeannette y Simón Villalobos. 2025. "Poesía de Chiloé del siglo XXI: producción editorial y escritura poética". *Revista Stultifera* 8.1: 179-204.
- Kayser, Wolfgang. 1961. *Interpretación y análisis de la obra literaria*, 3ª Ed. rev. Madrid: Ed. Gredos-Salas y Grijalbo Ltda.
- Promis, José. 1975. *Testimonios y documentos de la literatura chilena (1842-1975)*. Santiago de Chile: Ed. Nascimento.
- Sartre, Jean Paul. 1967. *Qué es la literatura*. Buenos Aires: Losada.
- Rodríguez Fernández, Mario. 1967. *El modernismo en Chile y en Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria, 137-145.
- Taine, Hipólito. 1951. *Filosofía del Arte*. Ed. El Ateneo, 336-352.

Fuentes de revistas

- Atenea*. 1945. Universidad de Concepción, p. 43.
- El Magallanes*. 1° de febrero de 2015. Suplemento de la *Prensa Austral*, p. 9.

